

Hugo Lindo (1)

Bahía Leonora

Para el poeta Alfonso Cortés, en Nicaragua.



SE mar que usted ve ahí... yo me lo inventé. En cualquiera otra circunstancia habría yo dudado de la razón de Nicolás Alberto. Pero ahora no. En sus ojos brilla la chispa de la inspiración. Él estaba seguro de haber inventado ese mar. ¿Y por qué no?

—Verá usted... Todo eso, era un desierto, o algo parecido. Sólo crecían unas yerbas pardas, sin vitalidad, hostiles. Cuando yo vine por primera vez, me dije: aquí hay que inventar algo.

Y pasé mucho tiempo indeciso.

(1) Hugo Lindo, doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales, es uno de los más destacados y sólidos valores intelectuales de El Salvador, la pequeña pero pujante República centroamericana. Hugo Lindo es ante todo y sobre todo un poeta de extraordinaria inspiración. En estos días en que Hugo Lindo ha permanecido en Chile, formando parte de la Delegación Extraordinaria que su país envió a los festejos conmemorativos del centenario de don José Toribio Medina, algunos intelectuales chilenos han tenido ocasión de escuchar la lectura de algunos poemas de Hugo Lindo, llenos de un gran aliento cósmico; capaces, por sí solos, de colocar el nombre de este escritor salvadoreño en el primer plano de la poesía continental. En sus ratos de ocio, y sin que este sea su afán principal, el poeta ha cultivado también el cuento, como nuestros lectores podrán apreciarlo por el relato que aquí publicamos.

A veces se me ocurría inventar un jardín. Pero, a la postre, me resultaba eso vulgar. Si usted lee las revistas norteamericanas, se dará cuenta de que con frecuencia los desiertos se convierten en jardines. Una cantidad racional de abonos, cuya naturaleza se determina en los laboratorios después de analizar las tierras; luego, un poco de lluvia artificial, también dosificada y exacta; temperaturas medidas... y el milagro está hecho. Transcurrido un tiempo, usted tiene un parque florido en donde sólo había arena. Cualquier agricultor, con conocimientos de química y dinero suficientes, hace eso.

Se me ocurría, también, invertir totalmente el paisaje. Poner abajo el cielo, y encima la tierra. Para ello me habría valido de dos métodos, a cual más científico y seguro. Pero una variante así, me resultaba, en realidad, poco original. Más o menos así se realizan muchas cosas en nuestro mundo. Los sabios ocupan posiciones menguadas, en tanto los mediocres asumen las de mayor relieve. Un juego de espejos y lentes, por ejemplo, trocaría las cosas al revés. Habría tenido su encanto, sin duda, eso de ver el cielo abajo y arriba la tierra. Los místicos lo están pidiendo desde que Cristo enseñó a pedirlo: "venga a nos el tu reino". El reino de los cielos, en la tierra, daría a nuestro planeta una riquísima sensación de ingravidez. Toda esta cosa pesada que forma la cáscara del mundo, imagínense, estaría sostenida por un plinto de aire deleitosamente azul...

—¿Y el otro método?...

—Bien: con usted se puede hablar... se lo diré. El otro método hubiera sido sólo para mí. Una solución egoísta. Por eso lo rechacé.

Aspiró una fuerte bocanada de aire marino, como quien fumase una pipa gorda y vieja, y prosiguió:

—Si usted ha estudiado algo de fotografía o de anatomía, sabrá que tanto en el ojo como en la cámara fotográfica, las imágenes se invierten. Es en nuestro cerebro en donde una nueva inver-

sión, nos coloca las figuras en su prestancia normal. No sé yo exactamente en dónde, en qué parte del sistema nervioso, un cirujano podría alterarme el orden visual, y dejar que las imágenes llegaran a mi cerebro totalmente invertidas. Pero, le repito, eso habría sido egoísmo puro. Claro que el único mundo que a la postre le interesa al hombre, es su propio mundo, tal y como lo ve. El llanto de una criatura que ahora llora en el Japón, y el dolor de muelas de un posible campesino egipcio, no me interesan ni me lastiman, porque no pertenecen a la órbita de mis percepciones actuales...

No. Yo quería un prodigio auténtico. Algo que modificase el desierto para mí y para todos, objetivamente.

Nicolás Alberto se pasó la mano, grande, rugosa, por el pelo entrecano, echando hacia atrás el mechón que le caía sobre la frente. En ese preciso instante, sí noté el tremor de su locura. Y no por lo que me había dicho, sino por un algo indefinido que le tornó los ojos azules en pizarrosos y ausentes. Pero seguí guardando silencio. Estaba decidido a escuchar íntegra la historia de mi amigo.

—¿Se acuerda usted de Leonora?...

—¿Leonora?... ¿qué Leonora?...

—No sé. No supe nunca su apellido. Era una muchachita de seis años más o menos.

—¿Y...?

—Nada, que a ella le debo la idea.

Caminamos algunos metros, hacia las rocas altas que hay en el poniente, y nos sentamos sobre una de ellas. Nicolás Alberto continuó:

—Aquí, en este desierto, tenía yo mi casita. Pequeña, pero suficiente para un hombre medio anacoreta como yo. La palabra "desierto" es en este caso mucho más literal de lo que usted se imagina. Aquí no había agua. Aquí hacía calor. Aquí no se escuchaba el canto de los pájaros, ni ese constante acezar de las olas que hoy me sirve de compañía. Aquí, para decirlo de una vez, no se me ocurría nada para el libro que pretendía escribir. En muchas oca-

siones estuve a punto de desistir del empeño. Hasta llegué a creer lo que afirmaba la vulgaridad sobre mi salud mental.

Un día recibí una carta pasmosa. Un poeta de no sé dónde, me invitaba a realizar una locura de verdad. Entre otras cosas, me decía que al leer mis primeras producciones, se había hecho la esperanza de que no sería yo un revolucionario de las formas, sino de las esencias. Su carta estaba fechada, eso sí lo recuerdo bien, en un manicomio. Me gustó porque se salía rotundamente de lo normal. Venía, además, ilustrada con unos deliciosos dibujos primitivos, que bien pudieran ser trazados por la mano de un niño o la de un esquizofrénico.

La carta me hizo una impresión formidable. Y me consideré obligado a satisfacer a aquel extraño y desconocido poeta, cometiendo la locura auténtica, de las que pudieran encontrarse más allá de las clasificaciones de los psiquiatras.

Por muchos días le dí vueltas en el magín a la idea.

Pero el silencio me embotaba.

Hay cierta cuota de silencio indispensable para los trabajos del espíritu; mas, amigo mío, no me negará usted que cuando el silencio se vuelve concreto, pesado, lleno de aristas, es necesario ponerse a gritar. Yo ya casi gritaba.

Salí una tarde, desesperado.

No tenía ideas, ni deseos, ni gustos. Un tedio caliente me abrazaba, se me subía por las barbas y se me arrinconaba en las comisuras de la boca. Yo lo sentía amargo.

Iba por donde estábamos hace un instante, y me encontré a Leonora.

Era sencillamente linda. Morenita, gordezuela. Estaba riéndose tan sin motivo, que pronto me puse a reír con ella. Y tenía una hoja de papel en las manos.

—A ver, muéstrame eso —le dije.

Y la chiquilla me alargó un dibujo.

Igual a los dibujos de la carta del poeta loco. El mismo trazo

decidido y anárquico. La misma seguridad de que las cosas pueden ser de otro modo.

—Y eso, ¿quién lo hizo?

—Yo.

—¿Y qué es?

—Este es un árbol que da nubes bien maduras y dulces. Este es el mar. Por este camino vienen los barcos a ver el mar, y se van cuando es hora de acostarse...

—Entonces me vino la idea luminosa. Yo haría este mar. Una bahía. Para satisfacer al loco de la carta, y poderla llamar "Bahía Leonora". Así se llama. Aquí me vengo yo, frente al oleaje, todas las tardes, y me siento verdaderamente un artista. Porque la tarea del artista no es soñar; es crear. Y crear es obra de dioses. Aquí yo soy el dios, el dios pequeño, una especie de Poseidón iluminado. Todo esto es mío. La espuma, la hice yo. El ruido, lo hice yo. Hice también las rocas, los peces que duermen bajo las mareas. Todo. Suelo quedarme aquí largas horas, sólo viendo. Y cuando ya el sol se hunde tras de aquellas montañas, que éstas no las hice yo, entonces me voy despacio. Y desde que hice todo esto, ya puedo escribir. Ya no me acogota el silencio. Ya no me muerde el calor. Ya no se me amarga la boca.

—Nicolás Alberto... ¿Me dirá usted cómo hizo todo esto?

—No. Perdóneme. Ese es mi secreto. Mi único secreto. Hoy es ya tarde. Regresemos.

¿Qué fué de mí? No lo sé. Un velo triste cayó sobre mis ojos, y dejé de ver aquella linda Bahía Leonora. Había sólo un camino —¿sería el camino por donde los barcos venían a ver el mar?— bordeado de unos pocos árboles anémicos. Lo demás, tierra estéril, muerta, dura.

Y a mi lado un alma recia y dulce, que ponía el mar, con rocas, con espuma, con barcos, en cualquier parte en donde estuviera el recuerdo de una carta o de una niña.

San Salvador, mayo de 1952.